

J.C.ALONSO, EL DIRIGENTE QUE DEJO LAS GAMBETAS

Nos cuentan quienes lo conocieron en su juventud que Juan Carlos Alonso repartió sus pasiones entre la escuela y el fútbol. Y que tanto en la cancha de la Normal sobre la calle 30 como en los campos de juego, era un gambeteador indomable, imaginativo y rápido, siempre pegada a su cuerpo menudo la camiseta de Sportivo. Ahora, que la Liga Veinticinqueña de Fútbol ha celebrado sus 79 años de vida, el cumpleaños del “pañito azul” lo encuentra sentado en la presidencia de la entidad, “como si fuera su segunda casa”.

En un reportaje reciente, publicado en “La Mañana”, Alonso evoca la fundación de la Liga y señala a Víctor Tironi como uno de los “baluartes que tiene la institución”. También nos han contado que cuando concluían los años cuarenta, Víctor y Juan Carlos fueron compañeros de equipo., mostrando un modelo de transferencia generacional, que es muy difícil encontrar hoy.

Juan Carlos dejó las gambetas, pero siguió vinculado al fútbol local, hasta alcanzar el sitio que hoy ocupa. Su fama de “imparable” en sus tardes inspiradas cambió por el prestigio que ha alcanzado al

frente de una de las instituciones más importantes de Veinticinco y la de mayor arraigo popular, la que está dedicado por tiempo completo.

Los clubes lo han reelecto y no quieren que deje su sitio, porque reconocen los resultados de su constante trabajo. Nosotros ponemos en relieve su esfuerzo por integrar a los pobladores del Distrito a través del fútbol, una obra que le ha significado muchas horas de actividad, pero que se está reflejando en los resultados.

Cuando el mes pasado se celebró el aniversario de la Liga, “La Mañana” anticipaba una reunión con “muchos recuerdos y anécdotas”. Estamos seguros que así ocurrió y que alguien recordó las gambetas de aquel muchacho, tirando a flaco, que cuando dejó el juego no abandonó las canchas, que se convirtió en presidente de la Liga y en uno de los dirigentes más apreciados por la sociedad veinticinqueña, a la que convirtió no sólo en el segundo, sino en un gran hogar para el cultivo de los valores más preciados.

Norma J. Barbá

VÉRTICE CULTURAL “RAMON ISMAEL BARBÁ”

Boletín de Distribución Gratuita Registro de la Propiedad Intelectual en Trámite.

Tiene Editor Responsable
Diseño Gráfico: Mariana Muriago
Impreso en Autotipía Buenos Aires

Vértice Cultural

Ramón Ismael Barbá



E-mail: vertice.barba25@fibertel.com.ar

Boletín de distribución gratuita.

julio 2008

24

Los Sonidos Del Bosque

“En el siglo III después de Cristo, el rey de un gran imperio envió a su hijo, el príncipe, con un maestro para que aprendiera los principios fundamentales de un buen gobernante.

“Apenas el príncipe llegó al templo, el maestro lo envió solo al bosque durante un año, para que describiera sus sonidos Al regresar, dijo que había oído el ruido de las hojas, el zumbido de las abejas, el chirrido de los grillos, el rumor de la hierba, el susurro y el grito del viento.

“Al finalizar, el maestro lo envió nuevamente al bosque para escuchar que más podía oír. El joven se asombró, porque le pareció que había escuchado todos los sonidos. Sin embargo, regresó al bosque y durante varios días y noches intentaba escuchar nuevos sonidos. Pero no había nuevos sonidos.

“Una mañana, sentado debajo de un árbol, comenzó a percibir nuevos sonidos. Al principio eran casi imperceptibles, pero luego los sintió con mayor nitidez. Una sensación envolvió al joven y se dio cuenta que eran los sonidos que el maestro le había pedido que distinguiera.

“De regreso al templo le contó al maestro que había podido oír lo que no se escucha: el sonido de las flores al abrirse, el sonido del sol calentando la tierra y el sonido de la tierra bebiendo el rocío. El maestro no hizo otra cosa que asentir con la cabeza, aprobando. Y dijo al príncipe:

“Oír lo que no se oye es una disciplina necesaria para ser un buen gobernante. Pues sólo cuando un gobernante ha aprendido a escuchar atentamente los corazones de las personas, a escuchar sus sentimientos no comunicados, las penas no expresadas y las quejas no proferidas, puede inspirar confianza en su pueblo, comprender cuando algo está mal y satisfacer las verdaderas necesidades de sus ciudadanos.

“El maestro continuó: La muerte de un grupo llega cuando el gobernante escucha las palabras superficiales y no entra profundamente en el alma de las personas para oír sus verdaderas opiniones, sentimientos y deseos”.

(De una carta de E.K. al diario “La Nueva Provincia” (Bahía Blanca).

El Nacimiento de la Historia



El primero de julio de 1812 empezó a escribirse la historia del Río de la Plata, porque las autoridades de Buenos Aires, sucesoras de las investidas el 25 de Mayo de 1810, dispusieron registrar “nuestra feliz revolución”. Esa fecha fue tenida en cuenta más tarde por el Congreso de la Nación, al sancionar en 2002 la ley 25.566, que declaró “Día del Historiador” a la fecha mencionada al comienzo.

La decisión fue adoptada por el Primer Triunvirato, “para perpetuar la memoria de los héroes, las virtudes de los hijos de América del Sur y la época gloriosa de nuestra independencia civil” y nombró a fray Julián Pedrel, de la obra de los predicadores, para tomar a su cargo esa tarea.

Los primeros escritores de la historia fueron cronistas, memorialistas y autodidactas, que crearon un relato descriptivo de hechos políticos y militares, ciertamente no exento de valor, pero más ocupado por la biografía y acción de los “héroes”, en la interpretación del historiador colombiano Jaime Jaramillo Uribe en su obra “América Latina en sus Ideas”.

Esta decisión de dejar constancia de los hechos, de dejar escrito lo que sucedía, revelaba la necesidad de los hombres y mujeres de aquella época difícil y de conclusión incierta, de mantener viva la memoria y la conciencia de que se podía aportar desde la historia a la construcción de un futuro todavía indefinido.

Aquella manera sesgada de escribir la historia y basta con los objetivos fijados por

el Primer Triunvirato para advertir que se trataba de construir un instrumento más político, casi panfletario que científico, fue el producto de las necesidades que planteaba la lucha, recién iniciada, para terminar en forma efectiva el vínculo con España y consolidar la identidad nacional.

Mucho más tarde aquel año XII llegarían las academias de historia, los centros especializados con formación científica que albergarían generaciones de historiadores que ordenaron el relato de los hechos, apoyados en documentos oficiales y privados.

Aún se requeriría tiempo de investigaciones y procesos históricos para la apertura, desde la ciencia, de nuevas formas de hacer historia, nuevas escuelas sucesoras y a veces contradictorias del marco positivista original, que enriquecerían algunos relatos y desvelarían otros, negados u olvidados.

Sin embargo, a 196 años de aquella decisión del Primer Triunvirato de extender el acta de nacimiento de nuestra historia, preguntas como para qué sirve la historia, cuál es la función del historiador, si los hechos recientes forman parte de la historia, desde donde se cuenta la historia, son cuestiones no resueltas, que han dado origen a nuevas escuelas que plantean y estimulan divergencias frente a cada una de esas preguntas.

Lo único que parece seguro es que la historia es una ciencia viva y como plural, contradictoria. Y que superar esos conflictos no será posible porque la historia es la historia de los conflictos, entre nosotros y en todo el mundo donde la libertad de investigar y de expresar las concepciones resultantes, tengan asegurada su vigencia.



EL “DÍA DA PATRIA GALEGA”

El Día Nacional de Galicia, conocido también como Día de Galicia (y en la lengua de la nacionalidad como “Día da Patria Galega”, es la fiesta oficial de la comunidad autónoma que integran las provincias de La Coruña, Orense, Lugo y Pontevedra. La celebración fue restablecida en 1979 y se fijó el día del 25 de julio, festividad del apóstol Santiago el Mayor.

Los orígenes de la celebración se encuentran en 1919, año en que se reúne en Santiago de Compostela una asamblea de las Irmandades de Fala, que acuerdan celebrar el Día Nacional, en la fecha mencionada. En 1939, Franco prohibió las fiestas nacionales y los gallegos debieron aguardar la llegada al trono de Juan Carlos I y a la Constitución vigente para restablecer el día de su patria.

En la Argentina, que durante las migraciones españolas de fines del siglo XIX y principios del XX, los gallegos hicieron el aporte más numeroso, la orden de Franco fue desobedecida por sectores importantes de la comunidad y el 25 de Julio siguió celebrándose.

Entre los veinticinqueños debe de haber un número no precisado, pero con seguridad importante de gallegos y de sus descendientes, porque la inmigración que adjudica a los italianos el primer lugar, parece haber sido superada por los españoles entre nosotros.

Algún día habrá que plantear la necesidad de contar con un Diccionario Histórico de Veinticinco de Mayo, pero por ahora debemos conformarnos con saber que el coronel Quesada, tenía linaje andaluz de Jaén; que Liborio Luna lo traía de la castellana Valladolid; que el primer maestro se apellidó Sevilla y que el primero médico fue Alcorta (en euskara Alkorta), apellido originario de Guipúzcoa; Ibarra también tuvo origen vasco. En la actualidad, la familia Herráiz es también originaria del País Vasco y otro tanto ocurre con los Unánue, mientras que los Grau tienen su raíz en cataluña. Todas estas son referencias que pretenden ser estimuladoras de investigaciones completas y profundas.

El aporte español se tradujo en el ramo hotelero, cuando en la gran época del pueblo, coexistieron el España, el Español, la Vizcaína y el Galileo, nombre que no alude al sabio italiano sino de la villa de Galilea, en la castellana La Rioja. El Teatro Español y la Sociedad Española de Socorros Mutuos son otros ejemplos a tener en cuenta, cuando llegue la hora de la historia propia.

Pero aún cuando en esta reseña no aparezcan gallegos, todos los españoles que llegaron al país, vinieran de la nacionalidad histórica o de la región que se elija, fueron considerados “gallegos”, en un afán simplificador del que nunca estuvo ausente el afecto y el reconocimiento por todo lo que hicieron por su tierra de adopción.